

1813. X

CARTA XXVI  
DEL  
FILOSÓFO RANCIO.

CONTINUAN

LAS REFLEXIONES  
SOBRE  
LA REFORMA DE LOS REGULARES

Y

RESTABLECIMIENTO  
Á SUS CONVENTOS.

CÁDIZ.



IMPRESA DE LA JUNTA DE PROVINCIA: EN LA CASA  
DE MISERICORDIA. 1813.

CARTA XXVI

DEL

FILÓSOFO RANCIÓ.

CONTINUAN

LAS REFLEXIONES

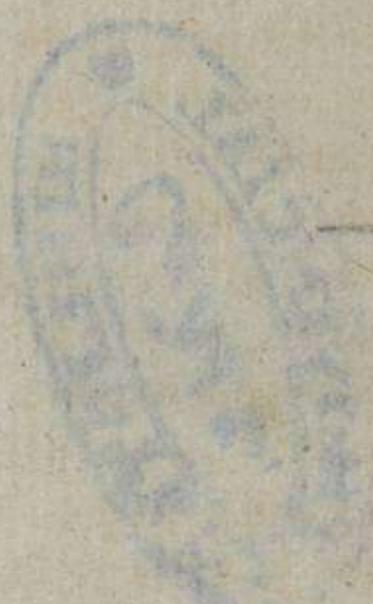
SOBRE

LA REFORMA DE LOS REGULARES

Y

REESTABLECIMIENTO

A SUS CONVENTOS.



CADIZ.

IMPRESA DE LA JUNTA DE PROVINCIA: EN LA CASA

DE MISERICORDIA. 1813.



**M**i amigo muy estimado: volvamos á los frayles, porque su pleyto es largo, y consta de muchos artículos. Evaqué en mi anterior dos de los principales, mostrando que habiendo sido (como infaliblemente es cierto) fieles y obedientes súbditos y ciudadanos, no necesitábamos de reforma en estos puntos; y mucho ménos de una reforma tan completa, como la que nos ha puesto la que el Sr. ministro llama *tutoría*, quitándonos el *cebo*, como dice Gallardo, y dexándonos como *gazapos en soto quemado*, con lo demas que añade este piquito de oro, gloria de los liberales, gefe de su estado mayor, primer teniente de su compañía de ingenieros, y que sé yo que mas cosas. Descendamos en la presente á averiguar, si los frayles han desempeñado la tercera de las obligaciones que qualquier súbdito tiene á su gobierno, y se comprehende baxo la idea genérica de *servicio*: exâminando qué servicios debemos á nuestra sociedad: cómo los cumplimos, qué faltas cometemos, ó nos atribuyen haber cometido; y con qué género de *reforma* tratan de mejorarnos. ¡Poderoso Dios! ¿Y quién á paso de tortuga ha de andar un camino tan largo? Emprendámoslo sin embargo, y tanteemos lo que se pueda.

Para executarlo, yo tomo el arranque desde el primer principio, porque como me sea posible gusto de ello; y porque aunque no pueda, me precisa hacerlo; pues no siendo liberal, estoy creído en que no me basta decir las cosas, sino me tomo el trabajo de probarlas; y probarlas de manera, que los señores liberales no tengan mas réplica que hacerme, que aquel *desprecio* con que contestan los filósofos, quando no hallan solución; ó aquel *respetuoso silencio* con que se burlan de la Iglesia los devotísimos quesnelianos, por no llamarles jansenistas. Ea pues bien: comparemos, si sus mercedes unos y otros no tienen inconveniente, al  *cuerpo político* con el *natural*; y por la analogía de los miembros de este saquemos las reglas que deben dirigir los servicios que á su todo estan obligados á

prestar los miembros de aquel. Me parece que ni los liberales ni los que no lo sean, se pueden negar á esta comparacion. Para los que no somos de la casta, nos basta y nos sobra con que San Pablo haya usado de ella, quando trató de distribuir los oficios y explicar la unidad del cuerpo de la Iglesia. Para los de la casta, sino valiere San Pablo, podrán valer quantos ántes y despues del apóstol han racionado sobre el cuerpo político por la misma analogía que el apóstol. Usa este de ella freqüentemente en sus cartas; pero con mucha extension en el cap. 12 de la 1.<sup>a</sup> á los Corinthios, que convendrá mucho que todo el mundo lea. Ciñéndome yo á lo que de presente nos hace al caso, digo con él, que en todo cuerpo moral debe haber divisiones de *ministerios y operaciones*, (v. 5. y 6) así como en todo cuerpo natural las hay de miembros y de acciones: que *si todo el cuerpo se volviese ojos, nos quedariamos sin oido; y si todo oido, no habria por donde exercer el olfato: (v. 17) y que ni el ojo puede decir á la mano, yo no necesito de tí; ni la cabeza despreciar los pies, como si no le fueran necesarios. (v. 21)*

En este supuesto pregunto yo ahora. ¿Los frayles servimos de algo en el cuerpo político? ¿Cosa de juego es lo que servimos! Vamos por partes. Donde quiera que haya cuerpo político, debe haber religion: donde quiera que haya religion, debe haber gente destinada exclusivamente al culto de la divinidad (verdadera ó falsa) á quien se adora por la religion. Estando pues los frayles ocupados y consagrados á este destino entre nosotros, es evidente que ellos llenan esta parte del público servicio. Expliquémonos un poquito mas, dando á cada una de las dos proposiciones que he sentado alguna extension de la que merecen.

Dixe que *donde quiera que haya cuerpo político, debe haber religion*. Lo primero: porque donde quiera que haya hombres, ha de exístir infaliblemente la idea del respeto y culto que el hombre debe tributar al Criador: idea que tiene gravada en su corazon desde que nace, y que luego luego que empieza á usar de su razon, se le presenta como una de las primeras obligaciones del derecho que llamamos natural. Lo segundo: porque como los señores filósofos deben saber, ni ha exístido, ni exíste, ni puede exístir sociedad alguna de hombres que no tenga por una de sus principales bases *alguna religion*. Digo *alguna*, porque esto es lo que la naturaleza inspira; aunque luego en la aplicacion que de este principio se hace, intervenga la supersticion ó el error. No se puede dar, ni

se dará jamás una sociedad ó república de ateos, como victoriosamente han demostrado contra Pedro Bayle todo género de escritores tanto católicos como protestantes. Tampoco se ha verificado un hombre ateo por convencimiento y persuasión, como igualmente está demostrado ser imposible. Resta pues que los muchos ó pocos ateos que haya, deben serlo por corrupcion. Y esta corrupcion ¿en qué consiste? Puntualmente en aquellos vicios que disuelven la sociedad: á saber, la luxuria, la ambicion, la soberbia, el latrocinio, todo lo que dice San Pablo, y yo copié en mi Carta anterior. De aquí es que así como no hay sociedad sin religion, así tambien donde no hay religion es imposible que haya sociedad. La razon de lo dicho consiste en que esta debe ser necesariamente un cuerpo donde cada miembro tenga su lugar, y unos no se impidan á otros. Miétras yo esté persuadido á que exíste una divinidad que me ha puesto ( como estoy ahora ) á los pies de los caballos, ya sé que aquel es el lugar que me corresponde, y que no debo ni aun ensayar esfuerzos por subirme á cabeza. Pero si una vez me echo á la divinidad por la espalda, entran aquellas devotas reflexiones que tantos progresos hicieron en la Francia, y tanto desean algunos que prevalezcan entre nosotros. *¿Porqué ha de ser cabeza aquel y yo pie? ¿Porqué el otro ha de comer perdiz, y yo bacalao ó menestras? ¿Porqué el vecino de enfrente ha de tener por muger una gentil personita que me ha caído en gracia, sin que yo haya de participar de este bien? ¿Porqué he de trabajar yo, miétras tantos disfrutan sus tertulias? ¿Porqué...* eche V. preguntas en infinito, y como despues de ellas quede algo que se parezca á cuerpo, venga á clavármelo en la frente.

Vamos á la otra proposicion reducida á *que donde quiera que haya religion, debe haber gente destinada exclusivamente al culto de la divinidad.* El exemplo de todos los siglos, y la práctica de todas las naciones y pueblos atestiguan esta verdad inconcusa. Añadámosle la razon. Dios es el Criador de toda sociedad: Dios el dueño de todo lo que exíste. Pues en vista de esto toda sociedad debe rendirle algun reconocimiento como á soberano que es de ella, y como á dueño de todo quanto tiene. El mismo Dios lo exíge así. Empieza á dar ley á su pueblo, ó por decir mas bien, á renovar en tablas de piedra la misma que anteriormente habia gravado en nuestros corazones: y para comenzar, lo hace recordándole y recordándonos que él es nuestro Dios y Señor: *Ego Dominus*

*Deus tuus*: y luego en los demás preceptos que añade, continúa comenzando de la misma manera: *Ego Dominus*: Quiere que santifiquemos el sábado, y ántes de intimárnolo recuerda que nos crió; *memento*. Manda que le presenten y dediquen todos los primogénitos, y la razón que da para esto es que todo es suyo: *mea sunt enim omnia*.

Pero ¿qué es lo que hago? se me olvidaba que estoy hablando con filósofos, y por eso les cito este libro viejo, de que quiera Dios que hagan algún caso. Citémosles para que se convenzan, sus mismos hechos y su misma doctrina práctica. ¿Cuántas personas habia en el palacio real ántes que cada uno saliese por su lado? ¿Cuántas en los sitios? ¿Cuántas en las otras casas reales, á donde el Rey no iba, ó iba solamente una vez cada siglo? Yo no lo sé: pero si he de formar idea por lo que vimos en el viage que hizo Carlos IV para venir á Sevilla, deben ser muchos millares. ¿Y por orden y consejo de quien se llevó allí y acullí tanta gente para obsequio de esta dignidad? Por los frayles ciertamente que no. Pues ¿por quién? ¿Por quién habia de ser, sino por esos señores que ahora se hacen disimulados, y creen poder deslumbrarnos, multiplicando exclamaciones sobre el desórden de estos gastos? Pues vaya ¿Cuánta gente se ocupaba en rentas á nombre del mismo Rey? ¿Cuánta en la diplomácia, judicatura &c.? Conque señal es de que un cuerpo político á proporcion de la grandeza que tiene, debe segun estos señores nos han enseñado por la práctica, emplear considerable número de gente en su servicio. Ya veo que sus mercedes apostatan de esta doctrina, que tan perfectamente les ha quedado, y que ha sido un seminario de condes y marqueses en los dos anteriores reynados. Pero pregunto ¿han apostatado de ella, porque todavía no sea su doctrina? Sería quanto hubiese que reir, habiéndose criado por la mayor parte baxo la férula del almirante Godoy, del marques Caballero, del ingenioso Espinosa, del pródigo Soler, y demás que no cuento. La verdad sea dicha. Los pobrecitos si han mudado de dictamen no es por creer que el amo quien quiera que sea, debe tener mucha, aunque no tanta gente á su servicio; sino porque aspiran á que como habiamos de servir v. g. á un Borbon, porque la naturaleza, ó mas bien su autor nos lo puso al frente, sirvamos á sus mercedes, que por razón de su *mérito personal*, quiero decir, su altanería y sus intrigas, se juzgan acreedores á que todos todos doblemos á su presencia las rodillas, y escuchemos sus despropósitos con tanta

boca abierta. No cito partes, porque eso no es razon. Pero yo ruego á qualquiera de los que la tienen, que observe á muchos caballeros de los que por fas ó por nefas han llegado á ponerse en zancos, aunque hayan subido á ellos desde la barca ó el costal. ¿Hay por ventura cosa mas magestuosa en el mundo? ¿No pagan los adoradores que pueden, y aun no pueden? ¿No quieren que todos los adoremos? ¿No pretenden que los que no tenemos ni porqué ni para que, tambien acudamos á echarle zahumerio? ¿Ellos mismos no los han echado del modo mas baxo y soez á los que los ocuparon? ¿Y no se lo estan echando sin cesar á los que esperan que de nuevo los ocupen?

Convengamos pues, señores filósofos, convengamos en que á la autoridad, donde quiera que esté, ha de seguirse la adoracion. Y si ha de seguirse á una autoridad qualquiera, ¿quánto mas á aquella que es el origen y supremo gefe de todas las que exísten en el cielo y la tierra? Convengamos en que al amo se le debe servir: y si á un amo tan hombre y tan miserable como qualquiera de nosotros se le tributan tantos y tan refinados servicios, ¿qué no deberémos á aquel amo que empieza á serlo nuestro por la exístencia, y acaba por todo lo que á ella se sigue de presente, y esperamos que se siga de futuro? Convengamos finalmente en que todo se le debe á aquel de quien lo recibimos todo, y que es poderoso para quitarnos lo que gratuitamente nos ha dado: y no olvidemos lo que S. Pablo inculcó á los filósofos del Areopago, que Dios es el que nos da *vitam et inspirationem, et omnia*: y confesarémos por consiguiente, que toda sociedad donde haya (como es indispensable) religion, debe tener destinada y consagrada una porcion de sus miembros, para que exclusivamente se ocupen en el culto de la divinidad: así como los tiene para que exclusivamente se ocupen en la cultura de otros ramos destinos y personas. Teniendo pues la España una religion por la que da culto al verdadero Dios, y componiendo los frayles una parte de la corporacion destinada á este culto, es visto que los frayles sirven en la España de algo, y prestan á su cuerpo político este esencial servicio.

Conviene en todo esto el Sr. ministro, ó el autor de su Exposicion; pero en la pág. 16 no puede ménos que lamentarse del crecido número de gentes que entre nosotros tienen este destino. Se agarra para demostrarlo al Censo del año de 1787. Saca segun él que de frayles, monjas, clérigos, monaguillos, criados y criadas hay nada ménos que 169.636 personas: y á consecuencia pregunta.,, ¿Habrá algun sensato que se atreva á negar que

„ esto pide reforma y grande reforma, mayormente en el dia en  
 „ que empeñada la nacion en la guerra mas justa de quantas han  
 „ conocido los siglos, necesita de TODOS SUS HIJOS para sa-  
 „ cudir &c. „ No es poco lo que yo me estoy sacudiendo pa-  
 ra exâminar si estoy *sensato* ó *insensato*: pero esté como estuvie-  
 re, pues no quiero ser juez en causa propia, lo cierto es que yo  
 no veo esa necesidad de reforma que dice el Sr. ministro, y mu-  
 cho ménos como el Sr. ministro la dice.

Ante todas cosas pregunto á S. E. Quando asegura que *esto pide reforma* ¿aquel *esto* sobre que apela? ¿Sobre lo que hubo, ó sobre lo que hay? Creo que me responderá que *sobre lo que hay*; porque el pronombre *esto* es demostrativo, y la expresion habla de *presente*: y si lo *hubo* y no lo *hay*, ya se acabó: y lo que se acabó, está ya mas que reformado. ¿A qué pues citarnos para apocar el número que exîste en el año de 1812: el que exîstia en el año de 1787, es decir, 25 años ántes? S. E. mismo confiesa que durante la invasion del enemigo, muchos que todavía pudieran vivir entre nosotros, murieron á sus manos, y muchos que debieran estar, han sido conducidos á Francia. S. E. sabe que durante la guerra ninguno ha tomado hábito, pocos han sido admitidos á las órdenes y beneficios, muchos que estaban en los clâustros y las Iglesias, fuéron sacados para los exércitos, y muchos mas para la eternidad; porque la muerte no ha querido hacerse cargo de que por ahora siquiera podria descansar, en suposicion de que entre los franceses y afrancesados poco le dexan que hacer. La epidemia tambien, como ya me parece he dicho, nos llevó á veinte y cinco por ciento; y la otra epidemia de comisionados regios, escribanillos y demas agentes de Espinosa y Godoy en el negocio de capellanías y obras pias, quitó de clérigos á muchos que lo eran, y cerró á muchísimos mas las puertas, para que en adelante lo pudiesen ser. ¿No es este el estado actual de las cosas? ¿Pues para qué nos cita el Sr. Ministro un otro que ya pasó; y nos lo cita nada ménos que para reforma? ¿Lo qué pasó se puede reformar? Digo la verdad: si porque no entiende esto, ha de ser un hombre *insensato*; *insensato* seré, mal que me pese. Pero vean de camino los que están al frente de las cosas, el nuevo modo de ser *sensato*, á que abre la puerta el Sr. ministro. Una legua de Sevilla está la que ahora se llama Santiponce, y en antiguos tiempos Itálica. Los vestigios que de esta ciudad han restado muestran hasta la evidencia que fué una poblacion muy numerosa. Ea pues: todo gefe y todo intendente *sensato* saque de los 30 ó 40

vecinos que ahora tiene; lo que corresponda al vecindario que en tiempo de entónces tenia. Si el ánimo del Sr. ministro era que hiciésemos mucho bulto ¿porque así como retrocedió hasta el año de 87 del siglo pasado, no lo hizo hasta el de 62? Entónces se hubiera encontrado limpios de polvo y paja algunos mas verdaderos eclesiásticos, que los que ahora nos mete en esta parva engreña. Pues por el censo últimamente citado de que hace mencion el sabio P. Zevallos en sus *Observaciones sobre las reformas presentes*, las personas eclesiásticas de aquel tiempo ascendian á 180.319. ¿Porqué tambien así como echó mano de los monaguillos, criados y criadas, no se acordó, segun era justo, de la caterva que á la puerta de cada convento acudia por el sobrante diario que se les franqueaba? Pues á fe que hubieran compuesto otro puñado de miles. Aun se le quedó un número considerable que añadir, de aquellos que en tiempo de calamidad no viven de otra cosa que de lo que los frayles les dan. La sola Cartuja de Sevilla presentaria al Sr. Ministro un par de pueblos ó algo mas.

Pero si la cuenta ha de ser como Dios manda, como exige la justicia, y como corresponde á la buena fe de un ministro de ella, es meneter que el que pase por la presente sea un *hombre sensato* de nuevo cuño; y algo mas que sensato, para á consecuencia de ella reconocer *esa reforma y gran reforma* que el Sr. ministro dice *que esto pide*. Comenzemos al revés de como se explica S. E., yendonos en derecha á la guerra del dia, en que la nacion necesita de todos sus hijos para sacudir el yugo del tirano. Pregunta mi curiosidad. ¿El Sr. ministro es hijo de la nacion? Es regular que me digan que si. ¿Y cómo no ha ido á la guerra? ¿Los venerables covachuelos que le escribieron la Exposicion, los sabios Concisos que la calificaron de *excelente*, pertenecen á ella? ¡Ojalá que no! ¿Pues porqué no han ido al ménos con las que llaman legiones extranjeras? ¿Los señores empleados en nuestra actual *tutoría*, son hijos ó entenados? Qué sé yo que diga. Lo que puedo asegurar es, que si en pelear contra los franceses, salen tan hábiles como en limpiar de polvo y paja á los frayles, ellos solos son capaces de quitar del mundo á la nacion francesa. ¡Qué táctica tan fina! ¡Qué medidas tan sábias! ¡Qué zelo por todo lo que vale, y puede valer! ¡Qué trabajo tan incansable!..... Lo dicho: para salir de franceses, no hay mejor medio que ponerlos en la *tutoría* al cargo de estas buenas almas. ¿Porqué pues no van á la guerra, supuesto que la nacion necesita de todos sus hijos? Me responderá el Sr. minis-

tro volviéndome al cuerpo las expresiones del mismo capítulo de S. Pablo, por donde comencé *Numquid omnes evangelistæ?* *Numquid omnes doctores?* ¿Por ventura no hay mas modo de sacudir al tirano, que acudiendo allá con un fusil? El Sr. ministro dice bien: guárdeme ese registro para tocarlo en adelante, á ver si me doy traza á decir no muy mal.

Por ahora vamos rebaxando partidas que no sirven para la guerra. Sea la primera la de 25.362 monjas, que como mugeres no es cosa que vayan: y como monjas, han servido para ella en lo único que pueden, que es hacer ropa para los soldados, é hilas para los hospitales; con la gracia de que las infelices hacian esto de valde, y algunos de los manipulantes discípulos del liberalismo, pedian para sus necesidades propias el precio que ellas perdonaban. Rebáxense en segundo lugar los 19.807 que suman los donados, monaguillos, criados y criadas de que el Sr. ministro rellena su cálculo. Los donados, porque el que no ha sido desechado, ha ido á la guerra, y ya hace años que entran en las quintas. Los monaguillos, porque son muchachos; y á vuelta de ayudar á misa y tocar las campanas, aprenden á leer y escribir, y se habilitan de este modo para ser sargentos ó cabos. Las criadas, dicho se está: y los criados, que qualquier hombre de seso venga á pasarles revista. ¿Puede darse cosa mas dolorosa para nosotros, que ver á un ministro de justicia presentar al gobierno como cargo contra los frayles, uno de los mayores servicios que los frayles hacemos? ¿Quiénes son esos criados que sirven á los frayles? ¿Quiénes esos mandaderos y sacristanes que asisten en las monjas? Una caterva de gente inútil y miserable por sus años, por sus achaques ó por otras causas, que nos sirven porque no son capaces de otro destino, y que andarian de puerta en puerta pidiendo una limosna, si no nos sirvieran. ¿Quiénes esos monaguillos? Muchachos desvalidos, que si no lo estuviesen siendo, saldrian unos tunantes; y porque lo son, aprenden á ser hombres como muchos de ellos lo han sido con un mérito extraordinario. ¿Y de esto se hace un motivo para reformarnos? Sr. ministro: extienda V. E. sus ojos por toda la peninsula que lo observa: extiéndalos por toda la Europa. Los hombres que rodean á V. E. miran las cosas con el corazon algo mas que caliente. Los que desde léjos lo consideran, juzgan de todo á sangre fria.

Tenemos pues que rebaxar del censo del Sr. ministro 45.169 personas que no pertenecen á él. Restan 124.467 de los

que habia en el que cita. Y si de este se rebaxa lo que se debe segun el estado en que nos hallamos, quedarémos en las solas de terceras partes de esta cantidad, ó algo ménos. Ea pues: venga ese *sensato* que invoca el señor ministro, y diga si necesitamos de *reforma* y *gran reforma* por el número. Comencemos por donde se debe. La nacion está obligada á consagrar al culto divino algunas personas, así como le consagra, y se halla en la necesidad de consagrarle algunos dias, algunos lugares y algunos bienes. Pónganse en buen hora todo el número que cuenta el Sr. ministro. ¿Es por ventura excesivo para una nacion como la nuestra? Esto es menester preguntarselo al amo. ¿Quántos son los que por allá arriba le obsequian? *Millia millium ministrabant ei, et decies millia centena millium assistebant ei*; que quiere decir millones de millones. Y por acá abaxo en suposicion de que todos no podemos, ¿con quántos se dará por contento? Dividido el pueblo de Israel en trece tribus, una de ellas toda entera toma Dios para solo el servicio de su culto. Vaya V. E., Sr. ministro, vaya al primer capítulo del libro de los Números: allí encontrará la conscripcion de toda la gente de guerra, hecha por Moyses segun órden de Dios; y allí vera lo que Dios intima á Moyses por estas palabras: *Tribum Levi noli numerare, neque pones summam eorum cum filiis Israel; sed constitues eos super tabernáculum testimonii &c.* De modo, Sr. ministro, que en la referida conscripcion la tribu á cuyo cargo estaba el tabernáculo, sus vasos, sacrificios, las ceremonias &c. es decir, la deputada por Dios para su culto, no se confundia con las otras, ni de ella se sacaba gente para el ejército: y nótese que esta tribu era de todo el pueblo la parte décima tercia, no matemática sino civilmente contada. Pues vamos ahora á los primeros siglos de la Iglesia. Ya varios papeles han anunciado el prodigioso número de mónjes y monjas que poblaron la Tebayda, la Nitria, la Palestina, las inmediaciones de Antioquía; en una palabra, todo el imperio oriental, y los que despues vinieron á inundar, á ilustrar y aun á civilizar no solo el occidental, mas tambien muchísimas provincias del Norte, donde no habian penetrado las águilas romanas. Esto es lo que Dios unas veces ha exígrado, y otras ha hecho sin exígrirlo, en punto del número de personas que debian dedicarse á su culto. No cito ahora lo que ha hecho el diablo, valiéndose de la persuasion natural en que han estado todos los hombres, sobre que un competente cuerpo de ellos debe dedicarse al culto y servicio de la divinidad; por-

que este es un punto que necesita de los libros, y el tiempo que yo no tengo. Pero confío en que no ha de faltar por ahí alguna buen alma (y no como la que deseaba Ireneo Nictáctes) que se tome este trabajo igualmente fácil que curioso, y haga ver cuánta muchedumbre de ministros ocupaba la idolatría, y aun ocupa ahora en todos los países del mundo.

Contraigámonos á nuestra España. Dicen los que lo saben ó lo deben saber, que ella consta (excluido el Portugal) de once millones de habitantes. El Sr. ministro apurando el cálculo, llenándonos de paja los vacíos, y retrocediendo 35 años, no puede contar sino 170000 quando mas, de estas personas consagradas á Dios de qualquier manera que sea. Pues ahora este número compone poco mas de una y media de las ciento y veinte partes en que se dividen los once millones de individuos. ¡Y válgame Dios! ¿Necesita esto de *reforma* y de *gran reforma*? ¿Le parece á S. E. demasiado este número de sirvientes para un amo tal, como aquel á quien sirven? ¿La gran nacion (así hemos comenzado á llamarnos á imitacion de Francia) la gran nacion no deberá tener un grande servicio para aquella magestad, de quien dependen todas las magestades y naciones? ¿Es mucha gente esta para emplearla en el servicio del que nos crió, del que nos sustenta, del que nos defiende, y quando lo irritamos nos castiga? De trece tribus una toda entera estaba en el pueblo de Israel destinada al servicio del Arca. ¿Y qué cosa era el Arca que entónces figuraba? ¿Y quién es aquel de que el Arca era una mera figura? ¡Válgame Dios! vuelvo á decir. No repara el Sr. ministro que restan á su disposicion diez millones y mas de ochocientas mil personas? y juzga digno de *reforma* y *gran reforma* que se destinen á Dios ciento setenta mil segun su cálculo, y ménos de cien mil segun el mio?

Espanoles, la impiedad casi sin que la sintamos, se nos ha entrado en casa, no solamente por el conducto de nuestros ateos, mas tambien por el de muchos que insensiblemente van cayendo, ó han caido en sus brazos. Omitiendo los antiguos, los nuevos reformadores apóstatas que eran de ambos cleros, comenzaron por desacreditar á los que permanecian en el servicio de la religion verdadera, y consiguieron exterminarlos en todos aquellos países, donde la corrupcion del gobierno y los pueblos halló cómoda su doctrina. Mas en los que permanecieron católicos, tan lejos estuvo su odio de conseguir el deseado fruto, que por el contrario fué él una cau-

sa (y esto no lo sabe el Sr. ministro) que empeñó á quantos sabian en aumentar mas y mas esta defensa de todo lo que ciertamente nos interesa sobre manera. Mudaron los protestantes de sistema. Lo que ántes nos decian como teólogos, nos lo empezaron á decir en tono de filósofos y publicistas; y nuestros abogados (gente por lo comun de mucho orgullo y de pocos principios) se creyeron en la ocasion de lucir una política á pedir de boca del diablo. Muchos dias ha que no se oye mas cancion, que la que tomada de boca en boca y por ninguno meditada, nos está atolondrando los oidos. ¡Tanto frayle! ¡Tanta monja! ¡Tanto clérigo!.... ¡Ignorantes! ¿Puede ser otra cosa miéntras vuestra patria sea cristiana católica? ¿Debemos algo á Dios? Y si pudiese ser que todos, y de un todo nos consagrásemos á su servicio ¿le pagaríamos la mas pequeña parte de lo que le debemos? Qualquiera de vosotros luego que se pone escarpines, cree que todos somos pocos para servirlo: qualquiera que ayer estaba próximo á ser un destripaterrones, y hoy porque Dios, ó porque el diablo quiere, se halla de intendente, ó de juez ó cosa semejante, lo primero que supone es que todos nacimos para servirle de jumentos, y lo primero de que trata es de que queden pocos ó ninguno, cuya ocupacion sea el servicio de Dios. Acordaos, españoles, acordaos por este Señor, de que el hombre *fué criado* (como nos dice el librito de doctrina) *para amar y servir á Dios en esta vida*: y con esto en vez de admirar los muchos os escandalizaréis de ver los pocos que en un pais tan vasto como el nuestro, hacen profesion de serviles. Yo no dudo que fuera del cléro hay muchos que le sirven, y le sirven mejor que muchos del cléro: pero estos son digámoslo así, *voluntarios*; y el grande amo quiere y merece gente de *uniforme* y de librea; hombres que para servirle, tengan una particular santificacion: ciudadanos que solo se ocupen del culto debido al Dios de la ciudad: hijos de la patria, que la patria entregue totalmente (*devoveat* en latin) al obsequio de su grande númen.

Pues ahora: los frayles y las monjas componemos una parte de esta familia: y la componemos por una peculiar profesion que nos obliga ademas de hacer la guardia en las antecámaras del amo, y de ser los primeros á sus mandatos; á presentarnos tambien á las otras sus voluntades que llamamos *consejos*, y á la observancia de aquellas reglas de perfeccion, que hacen la parte mas brillante del código de sus leyes que es

el sacrosanto evangelio. Y si atendemos á este objeto y desempeñamos esta funcion á nombre del cuerpo politico de que somos miembros ¿cómo hay hombres de tan poca vergüenza que nos traten de ociosos, inútiles, olgazanes y demas insolencias, que si se dixesen á dos mil leguas de nosotros, apenas podrian ser creidas; y con todo eso se nos está diciendo á presencia de todo un mundo que ve, que toca, que de mil maneras está experimentando lo contrario?

Parémonos solamente en este primer servicio, desentendiéndonos de todos los demas que no son pocos. ¿Quánto tiempo consumen diariamente en el coro aquellos de los monjes, cuyo principal institúto son las divinas alabanzas? Los que ménos, ocho horas hoy, ocho mañana, ocho todos los dias á excepcion de los muchos festivos en que se aumentan. Y díganme esos señores oficinistas, cobachuelos, oidores, abogados &c. ¿Quién de ellos tiene ocho horas diarias de oficina, secretaría, juzgado &c.? ¿Quién no tiene muchos dias libres, muchos de vacaciones &c.? Y si yo les preguntara ahora, como les preguntaré otro dia, en que se parecen los salarios que toman, á la racion que se le da á un frayle, les sucederá lo mismo que con todo lo que les he preguntado hasta aquí: á saber, quedarse callados. Diga pues de nosotros el que fuese ateo, lo mismo que han dicho todos los ateos sus predecesores, que nuestra ocupacion es inútil; porque ó no hay Dios á quien sirvamos, ó si lo hay, nada le debemos; ó si le debemos, él no ha de hacer caso de nosotros, y otras gracias á este tenor, pero que nada hacemos, y que comemos el pan de valde; solo podrán decirlo un Gallardo y otros tales de tanto peso y veracidad como él.

Pero dice el Sr. ministro que la nacion *necesita de todos sus hijos para sacudir el yugo del tirano*. El Sr. ministro y muchísimos otros señores se estan quietos en Cádiz, y son hijos de la nacion. Pues ¿cómo no acuden á este sacudimiento, para el qual *la nacion necesita á todos sus hijos*? Me dirá S. E. que está *sacudiendo* al tirano desde su secretaría y con sus papeles. Yo me alegro, y al mismo tiempo le suplico que vea y reflexione que los frayles no somos el tirano. Conque sacamos que á este se puede sacudir desde una secretaría que esté á doscientas leguas de sus exércitos. Pues Sr. Excmo. tambien se podrá sacudir desde una iglesia ó un coro que esté del cielo todas las leguas que diga quien las hubiere contado. Si la nacion fuera capaz de pensar que con soles los cañones y

las bayonetas podia sacudir á Napoleon, ó si jamas lo hubiese pensado; ya sería dueño de ella ó el mismo Napoleon ú otro qualquiera que levantase Dios del polvo de la tierra; así como lo sacó á él de lo mas despreciable de la Córcega. Cree la nacion que las cureñas y caballos y demas armamento son indispensables para resistir; pero cree al mismo tiempo que nada de ello vale, como Dios no esté á nuestro favor. Nunca mas poderosa Roma que quando Catilina tramaba su conjuracion; y á pesar de todo aquel poder colosal, Caton la encontraba, y con razon en un estado de suma debilidad y flaqueza ( véalo quien tenga á mano el Salustio en la oracion que copia de él tenida en el Senado) y todo el fundamento que para pensar así tenia aquel grande hombre que ciertamente no era *servil*, era que el pueblo romano habia perdido su sobriedad, su justicia, su desinterés y todas sus demas virtudes. Y como quiera que hay una providencia, cuyo constante empeño ha sido, es y será premiar la virtud, y castigar el vicio: en no contando ó no pudiendo contar con esta providencia que disipa al malo y favorece al bueno; estamos perdidos infaliblemente, aunque aprestemos un ejército como el que Xérxes llevó á la Grecia, como el que Darío opuso á Alexandro, ó como el que Napoleon traxo á nuestra España. Pregunto pues ahora. ¿Y como está la España en este punto? ¿Su conducta general y la de cada uno de sus hijos son tales que interesen á su favor la divina providencia? ¿O tiene ella por la inversa contra sí las mismas iniquidades que Sodoma y Gomorra sus hermanas; quiero decir, la Francia su maestra, la Prusia, la Italia, la Holanda y gran parte de la Alemania sus condiscípulas? Responda por mí la sola Cádiz segun el estado que tienen su fe y sus costumbres en el dia; y responda sin olvidar de que *hay ciencia en el Excelso*, de que Dios la ve, Dios la observa, Dios la conoce, es poderoso para castigar los delitos, y que los castigará tanto mas horrorosa quanto ménos estrepitosamente. Tenemos, Sr. ministro, tenemos en verdad que combatir con dos enemigos: uno que lo es, porque él ha querido, á saber, Napoleon, otro que hemos provocado nosotros, que es el Dios que nos crió: aquel que nos aborrece y trata de exterminarnos; y este que porque nos ama nos castiga á fin de salvarnos. La nacion pues infaliblemente necesita de todos sus hijos: de los unos para que con los fusiles en las manos salgan á contrarrestar la violencia de los franceses; y de los otros, para que con las lágrimas en los ojos y los suspiros de su corazon se empeñen

en vencer y desarmar á Dios. ¿Digo yo en esto alguna cosa en que no háyamos estado entendidos siempre? ¿Enseño algo que no se haya calificado de indudable desde que han existido los hombres? ¿Qué nacion, qué gente, qué pueblo se ha visto jamas empeñado en la guerra que no haya solicitado el auxilio de su verdadera ó supuesta divinidad? ¿Qué soldado, singularmente español ha emprendido jamas entrar, como debe entrar en la batalla, que no haya contado con la asistencia y proteccion del cielo? Consigan, consigan esos pícaros lo que desean, esto es, que la tropa no cuente sino con sus propias fuerzas; y ya habrán conseguido la consumacion de nuestra ruina.

*La España necesita de todos sus hijos para sacudir al tirano.* Ea bien, Sr. ministro: congregue V. E. á esa multitud de ellos á quienes ha puesto como gazapos en soto quemado, y hágalos que en cumplimiento del primero y principal de quantos servicios deben á su nacion, vayan al altar y al coro á implorar la asistencia del Dios de los exércitos, y á cotener la espada de su venganza. Exhórtelos V. E. á que imitando á Moyses levanten al cielo sus manos desde el monte, mientras que los otros sus hermanos miden las fuerzas con el enemigo en la llanura. ¿Ignora V. E. el mucho influxo que esto tiene en el corazon de los que pelean? Seguramente que no los ha visto como yo, llegar á los tornos de monjas y á las personas de los eclesiásticos para pedir el auxilio de sus oraciones, y para encargalles el patrocinio de su causa. Seguramente que V. E. no ha leído ni en la historia de la religion ni en las profanas los innumerables frutos y ventajas que ha producido esta buena persuasion.

Oprobio es tanto de quien lo hace como de quien lo sufre, lo que me cuentan haber sucedido en Cádiz quando la victoria de los campos de Salamanca; á saber, que diciendo uno *gracias á Dios*, respondió un filósofo con todo el ayre que inspira la filosofía: *gracias á las tropas*. ¡Admirable sábio por cierto que con tanto tino corrige nuestro piadoso y verdadero modo de pensar y de hablar! ¿Quantas noches se pasaria en claro estudiando para descubrir la verdad de que el exército aliado fué el que dió y ganó la batalla? ¡Pasmosa filosofía! Quando este tu digno hijo padezca alguna dolencia, y cierta receta se la cure, ya estaremos advertidos de que no reconoce el beneficio al médico que señaló la medicina, sino al muchacho ó la vieja que fué á la botica y se la traxo. Compongámonos se-

ñores filósofos, que es lástima que peleemos por esto. Vds. dicen: *gracias á las tropas aliadas*; nosotros decimos: *gracias á Dios*. Juntémos lo uno con lo otro, y digamos: *gracias á Dios y á las tropas aliadas*. Al primero como autor, y á los otros como á instrumentos. No teman Vds. que por eso se disgusten nuestros aliados: ellos tambien han dado y dan las gracias á Dios; y si alguno en su pais se explica en otro modo, vale tan poco para ellos, como Vds. deben valer para nosotros.

Ocupemos las réplicas que se nos pueden hacer, y efectivamente se nos hacen, echándonos en cara los muchísimos defectos de que estamos manchados, los que hacemos una profesion del culto y servicio de Dios. No creo que cabe en la imaginacion del hombre género alguno de maldad que no nos esté colgando la liberalísima filosofía. Yo por ahora las admito todas; y si los señores filósofos gustan de ello, les añado las demas que son posibles, y á sus mercedes se les han quedado en su caritativo y justificado tintero. Y admitidas las unas y añadidas las otras, digo que nuestras oraciones y rogativas pueden ser consideradas en dos maneras: una, en quanto son nuestras, v. g. del *Rancio* ó de otro peor, si acaso lo hay; y en este sentido valdrán ellas lo que valga el estado de mi conciencia, el fervor ó tibieza de mi devocion, y la presencia ó falta de los demas requisitos que hacen aceptable la oracion; y aun podria suceder que esta se haga de tal manera, que salga yo de ella mucho peor que entré, y en mí se verifique aquello de *oratio ejus fiat in peccatum*. Pero si nuestras oraciones se consideran como de personas públicas consagradas por la religion y destinadas por la patria para que llevemos á la presencia del Eterno las necesidades y clamores del pueblo; ya no es nuestro mérito ni nuestro demérito lo que obra; es si la piedad, el fervor, la devocion y la fe del pueblo; en cuyo nombre hablamos, y cuya procuracion exercemos. Desée pues el pueblo, desée que estos sus procuradores sean dignos de este ministerio: clame á sus respectivas autoridades, para que se empeñen en hacerlos tales: delate á todo aquel que se desmintiere, y si fuere necesario castigue con la desconfianza que haga de la persona que la merece, el abuso de la dignidad que jamas puede merecerla; pero entretanto sepa, y nunca olvide que necesita usar del oficio de estos procuradores, sean ellos de la manera que fueren: que las gestiones que ha puesto á cargo de ellos, no se pueden ni deben interrumpir: que en la hora en que se

interrumpan, ya se verifica lo que entre los gabinetes, quando retiran sus ministros, que es una declaracion de guerra; y que no hay guerra peor que la que se emprende contra el Omnipotente. Españoles: sean vuestros clérigos y frayles todo lo malo que vosotros ó vuestros corruptores dixéreis: el remedio no puede ni debe ser acabarlos. En acabándolos, se os acabó la religion; y detras de la religion todo lo demas que Dios permitiere.

Pero pregunto ahora: ¿Son todos malos? ¿Son todos como vuestros nuevos maestros os los pintan? Veis aquí una cuestión que Gallardo, el mas gallardo de todos los maldicientes, no se atreve á resolver afirmativamente, ó por decir mejor, no se atreve á asegurar, aunque constantemente lo supone. Veis aquí lo que el Conciso, ese apóstol de la nueva filosofía, tampoco cree poder avanzar, y á consecuencia de ello hace con el tino y talento que tan acreditados tiene, la célebre distinción entre frayles y religiosos. Hay pues todavía religiosos, como este caballero distingue; y segun yo entiendo, porque los hay, es toda esta tormenta contra los frayles. Desengañémonos: si entre estos no hubiese otra clase de gente que la que el sapientísimo Conciso marca con este nombre, harian reliquias de nosotros los sapientísimos liberales. Va un frayle á la comedia ó á los toros: su autoridad se cita contra todos los que no van: su conducta y exemplo se pondera: es el hallazgo mas dichoso que suele encontrar un aficionado. Lo mismo sobre todo lo demas en que cabe alguna disputa, aunque sea contra la voluntad de Dios; y en que el desorden del frayle sirve de prueba para la canonizacion del desorden. No estamos pues los frayles tan en punto de caramelo para nuestros filósofos, como estos señores quisieran. No somos santos (al ménos mis camaradas y yo) como debieramos serlo. No somos tampoco hipócritas, como dicen esos mentecatos, sin saber lo que dicen, y sin reflexionar que lo dicen á un pueblo que está harto de ver frayles medio cadetes, medio majos y medio tontos, que este es su legítimo apodo, segun van de presumidos y acicalados. Fuera de que, si fuesemos hipócritas de ley tendríamos con los señores filósofos toda la vara alta que con estos sus hijos y discípulos tienen los eclesiásticos de la *notoria probidad*. Hay entre nosotros codiciosillos; pero esta no es falta sino sobra: testigos los Concisos y Redactores. Los hay tambien un poquito ó un muchito tiernos de corazon; mas esto debe ser una recomendacion que

les grangee tantos padrinos, protectores y amigos, como tiene Gallardo, en cuya inmoral obra el mas precioso rasgo es la ingenua confesion que de sus amores hace, contraponiendo á la gracia de Dios la de aquella *gentil personita* señora de sus pensamientos. Hay en fin de casi toda clase de defectuosos, y de muchos géneros de defectos; pero vaya ¿no podrémos nosotros dar por satisfaccion de ellos, la misma que dió aquel patan que preguntado por los mandamientos al cumplir con la Iglesia, respondió: *padre, me he descuidado en aprenderlos, porque anda por aí un run run de que los van á quitar.*

Debemos pues convenir en que hay *religiosos*, como los llama el sabijondo del Conciso, aunque sean tan *raros* como Gallardo pinta con el verso de Virgilio que usurpa; y aunque á la verdad no lo sean tanto como piensa este gran crítico, de quien sin temeridad se podrá asegurar que tiene mas inteligencia de los Harenes de Turquía, que de los conventos de su patria. Remítolo á Miguel de Cervantes en la novela del licenciado Vidriera, donde en la boca de este loco pone una razon capaz de convencer á quien conserve algun vestigio de juicio. Supuesto pues que haya religiosos dignos de este nombre ¿quién de nuestros famosos aforadores se atreverá á aforar el peso que sus oraciones han tenido para inclinar la misericordia de Dios que está usando con nosotros? Un solo Moyses (así está escrita en un libro que hasta ahora hemos tenido por divino, y que de ahora en adelante lo ha de ser tambien) un solo Moyses bastó á contener la sentencia de exterminio que iba á darse contra su pueblo. Volvió este á hacer en adelante de las suyas: comenzó el merecido castigo; pero he aquí que *Stetit Phinees, et placavit, et cessavit quasatio.* ¿Qué sabemos si este sacudimiento con que nos desollinaban los franceses, habrá cesado ó disminuídose por causa de algun frayle, tal como un lego que murió en Sevilla, y á quien los franceses mismos veneraron; ó como qualquier otro de los muchos que Dios suele tener guardados quando todos pensamos que *jam non est propheta*? Lo que si me atrevo yo á asegurar al Sr. ministro, como si lo estuviera viendo, es que ninguno de los de su profesion de legista ha sido el que con sus oraciones nos ha alcanzado la tal qual libertad que gozamos, como ni tampoco con su presencia en los exércitos y partidas. Son estas meras opiniones mias, que no espero que alguno me las llevará á mal, y que estoy pronto á deponer luego que me den con el texto

en los ojos. Los liberales están en la obligación de hacerlo, si quiera por honor de su profesion. No deben olvidar estos señores que he ido discurrendo baxo el supuesto que ellos hacen de ser corto el número de los frayles buenos: supuesto falso y falsísimo como lo asegura y convence hasta la evidencia el autor del *Vocabulario filosófico-democrático*, que cité en mi Carta anterior en la palabra: *Frayles*.

Vamos á las monjas... ¿A las monjas?... Si señor: que soy rancio, y cada dia mas constante en serlo. Pues señor, ¿no será posible que los clamores de estas castas palomas, gloria de la Iglesia y porcion la mas ilustre de la grey de Jesucristo, hayan conseguido del celestial esposo esta misericordia que ni los liberales ni yo merecemos? Si hay un Dios en el cielo, y este es protector de la inocencia, amante de la virtud, consuelo de los que lo invocan, y bien de los que en él confian: si el carácter de la sabiduría divina es comunicar con los sencillos, *et cum simplicibus sermocinatio ejus*; y si el Padre celestial gusta de escuchar los gemidos de los pequeñuelos, y privilegiarlos en sus favores ¿no podrá haber sucedido que la suspension de nuestro castigo se deba á estas inocentes vírgenes, que con tanto teson y constancia han reclamado la misericordia, y á quienes el Sr. ministro de gracia y justicia trata de vexar y exterminar por sus sábias y piadosas reformas?

¡Válgame Dios! ¡Con cuánta indignación y desprecio habrán leído esta mi reflexiön los señores *despreocupados*! Pero perdónenme sus mercedes: pues así como ellos no pueden deponer su *despreocupacion*, así tampoco yo mis *preocupaciones*: con esta enorme diferencia; que las que sus mercedes llaman *despreocupaciones* há muy poco que lo están siendo, porque antiguamente tenían otro nombre; y las que llaman *preocupaciones* y yo estoy empeñado en conservar, vienen con nosotros desde que á nosotros vino la religion de Cristo. No hay cosa mas fácil que mostrar sumergidos en esta preocupacion en que yo estoy respecto de las sagradas vírgenes, á S. Cipriano, á S. Basilio, á S. Gerónimo, á S. Ambrosio, á S. Agustin, y á todos aquellos que merecen á la Iglesia el renombre de *Padres*. Búsquelos el que quiera saber su dictámen sobre el punto, miéntras yo cito á dos que se me han venido sin buscarlos. El uno es S. Leandro, quien enviando á su hermana Sta. Florentina los dos libros que para aprovechamiento de ella y de sus compañeras habia escrito, le

dice las siguientes palabras. „Últimamente hermana amabilísima te ruego que te acuerdes de mí en tus oraciones, y que no te olvides de nuestro jóven hermano S. Isidoro. *Porque estoy cierto de que tu virginal oracion ha de llamar á nuestro favor la atencion de Dios.* „ El otro es S. Cárlos Borroméo á quien leí el año de la epidemia en las actas del quinto sínodo de Milan; donde exponiéndose con mucha prolixidad y sabiduría lo que se debe hacer en tiempo de peste, se señala como una de las diligencias que quedan á cargo del obispo, luego que amenace, *avisar á las monjas para que con sus oraciones aplaquen la indignacion del cielo.* Ven Vds. aquí señores despreocupados los autores que sigo en las tales mis preocupaciones. Vs. no lo llevan á bien ¿Y qué quieren que yo les responda? A mí no me ocurre otra respuesta que la que dió Ciceron á ciertos que trataban de *despreocuparlo* sobre una verdad que habia aprendido en Platon: *malo cum Platone errare, quam, cum istis vera sentire.*

Ya que hablamos de monjas, no quiero malograr esta ocasion de dar dos avisos de importancia á los señores liberales. El primero es que estas pobres criaturas acaban de graduarlos publicamente de embusteros y calumniadores. Antes que pensáramos en franceses, era entre ellos *un principio de eterna verdad* (ya V, sabe lo que significan *la verdad y la eternidad* en su boca) que todas las monjas estaban arrepentidas, y forzadas como la gente presa en la Carraca, y engañadas miserablemente, y que si viesen dos deditos de luz, entónces sería ella, y otras muchas cosas por el mismo temor. Esto se daba por tan indudable como todo lo demas que estos señores dicen, sobre lo que á nadie es licito dudar. Pues señor: viéron los franceses: viéron las monjas algo mas de dos dedos de luz, porque creo que alguna mas pudo entrar por todas las puertas. Saliéron unas; se quedáron otras: peregrináron estas; tuviéron que sufrir aquellas; y por remate de cuentas á estas horas de mas de ochocientas que eran las de los conventos de Sevilla, no faltan sino dos, y las que miéntras la opresion se fuéron á la eternidad para no volver mas. Faltan, repito, dos, y estas son las únicas que se han desengañado; porque en desengañarlas y redimir las han trabajado caritativos liberales. Faltarán muchas mas especialmente de la gente nueva, si estas hubiesen prestado el oido á los filosóficos discursos con que querian hacerlas felices los *despreocupados*. Mas todo el empeño de es-

tos no pudo conquistar sino á dos solas. De las demas muchas permaneciéron firmes en los coros de sus conventos, dispuestas á lo que Dios quisiese ó permitiese: otras que se habian acogido y disfrazado en las casas de sus padres, hermanos ó parientes, luego que pasó el primer temor se volviéron á las clausuras de donde habian salido; y las que tomaron puerto de seguridad, ni pensaban en mas, ni trataban, ni querian que se les tratase de otra cosa que de su convento. Algunas se restituyéron á él atravesando por medio de los franceses, y expuestas á todos los peligros. Las otras nos dieron tanto que hacer para contenerlas en executar lo mismo, que fué necesaria muchísima paciencia. Esto pasó con las de Sevilla: sé que en otras partes las excepciones de esta regla han sido algunas mas, por que.... yo se lo diré á los preladados eclesiásticos, si me lo preguntan. Lo cierto es que salió mentira de cabo á rabo el eterno principio de los señores liberales, y las monjas sin pensar en ellos los han declarado públicos embusteros. Pues vaya ahora por via de episodio. Supongamos que hubiesen venido los franceses tocando á descasarse. Pero no es menester fingir una suposicion que no hace falta. Sin que nadie toque, me dicen que hay especialmente donde sabemos que existe la gusanera mayor de los filósofos, mucha gente descasada por su propia autoridad, y mucha casada, que como habian de cambiar otro qualquier mueble, cambian ó los maridos ó las mugeres: y que ya ningun hombre de rumbo se digna de vivir con aquella que Dios le deparó. Esta si que es liberalidad: estas si que son luces. ¡Digna filosofía! ¡Qué habia de ser de estos pobrecitos si tú no los cubrieras con tu capa? Salir en procesion con su ristra de ajos al cuello, ir á comer galleta en Filipinas: ó vivir como ratones al abrigo de la obscuridad. ¡Viva la libertad, y quien nos la traxo á casa!

Volviendo al asunto, quisiera yo que el Sr. ministro de gracia y justicia reformase sus artículos de reforma si quiera en los puntos que conciernen á monjas. Hace años que oí decir á un amigo inteligente en la materia, que en Sevilla habia tantas mugeres, que repartiéndolas entre los hombres de la ciudad cabian estos á cinco y media. Ahora con la guerra es necesario que quepa á cada uno mucha mayor racion. Con que no hay probabilidad ni aun remota de que falte el competente surtido para todo aquel que las haya menester. Dexe pues el Sr. ministro, dexe á Dios que tambien saque su tajada, y dele gracias porque de entre nuestras hermanas y las hijas de nuestros padres, quie-

re todavía escoger esposas. En quanto á los auxilios de afuera hablaremos en adelante: por ahora me contento con que S. E. las dexen tomar lo que les dieren, y pedir lo que necesitasen; con la seguridad de que ni lo toman á la fuerza, ni envian bayonetas ni escribanos para que lo pidan. Por la *reunion* estoy yo tambien siempre que la causa de esta sea alguna herencia que tengan en el convento, ó algun remojo de bacalao con que incomoden ó apestan á la vecindad. Pero si nada hay de esto, ni de cosa que se les parezca, suplico á V. E. Sr. ministro, que no se meta en esas honduras. Déxelas en paz donde Dios las puso: allí estan bien, aunque no coman, como les sucedió el año pasado, y les está sucediendo este: allí quieren estar, porque allí las permitiéron unas leyes y las consagraron otras; y la libertad (*teste Gallardo*) consiste en la facultad de vivir cada uno como quiera, en no oponiéndose á las leyes. Por Dios, Sr. ministro: por Dios no mas novedades. Habia en mi convento un frayle viejo de aquellos de zapato ramplon. Se ofrecia que á qualquiera de los otros frayles lo eligiesen prelado: luego que nuestro viejo lo sabia, iba á darle el parabien con estas formales palabras: *sea en hora buena, P. Prior: no le hago á V. P. mas encargo, sino que la tinaja que encontrare boca abaxo, no se empeñe en ponerla boca arriba.* ¿Querrá V. E. creer. Sr. ministro, que viendo el diluvio de novedades que nos inunda, apenas se me pasa dia en que no me acuerde de la sentencia de este viejo?

Vamos al otro aviso. Sepan los señores liberales de Cádiz que si las monjas de Sevilla no estan hoy baxo su *proteccion y tutoria* por el mismo orden con que estamos los frayles, no ha sido por culpa ni falta de diligencia de aquellos sus cólegas que se fuéron con el rey Pepe, cuya pérdida estamos llorando, y por cuya indulgencia plenaria está interesada toda la cofradía. No señores, no ha estado en omision ni descuido de ellos. Supe de una carta interceptada de uno que se quedaba en Madrid, quien despues de dar el parabien á otro su compinche por la entrada en Sevilla, y por *la abundancia de muchachas* que en ella encontraría; le encargaba luego con el mas estrecho empeño de que trabajase hasta que no quedara rastro de *capillas ni velos*. He sabido despues lo mucho que este y los cofrades que tenian en Sevilla trabajáron sobre el asunto. Con los frayles pronto se dió al traves; porque fué tan fácil persuadir al rey Pepe y á su hermano, que nosotros éramos sus enemigos, como difícil es que crea la nacion que fuimos sus amigos, aunque lo diga todo un Sr. ministro. Pero de las mon-

jas era un disparate decir, ó que predicaban á los brigands, ó que los capitaneaban, ó que por el confesonario les buscaban reclutas. Así pues el exterminio de las monjas iba al mismo paso que el de la nacion, lentamente, sangría tras de sangría, y dexando al tiempo y á las contribuciones que las acabasen. No pudiendo nuestros liberales héroes sacar el suspirado decreto de extincion, tomaron otro rumbo. Se necesitaba un quartel: ó señor: que el convento de tales monjas es el mas apropósito para el efecto. Faltaba un hospital: al instante se ponian los ojos en otro convento de monjas. Se deseaba una nueva cárcel, despues de las muchas que había: al golpe citaban otro de los conventos, y obligaban al bendito mariscal á que comisionase á este ó al otro subalterno frances, que en compañía del buen español fuera á explorar si los conventos delatados eran como se habia menester. Pero ¡oh providencia de Dios! Entraban... Luego que se les ponía delante, aunque no fuera sino un pedazo de aquella *máscara*, como dice Gallardo, ó de la comunidad, como decimos nosotros, empezaba en el corazon del frances á hacer su oficio aquella alma, á quien Tertuliano llamó con tanto tino *naturalmente cristiana*, y quedaban frustrados los deseos de aquella otra del español, que él habia sabido hacer como *naturalmente de tigre*. *Vámonos, vámonos*, dixo sin querer molestar-se mas con la presencia de las capuchinas, el que observó el espectáculo que ellas presentan. *No molestar; no molestar* repitió muchas veces Gazan, llevado á otro convento con el desig- nio de transformarlo en cárcel. Así pues unos hombres sin Dios y sin humanidad favorecieron la exístencia de estas inocentes, que por purísima humanidad quisieron ver como *gazapos en soto quemado* los que decian tener de comun con ellas un mismo Dios, una misma fe y un mismo bautismo. Mucho de esto tambien hubo entre los frayles. Exceptuándo la extincion, ningun otro agravio recibieron de los franceses. Las públicas invectivas y privadas asechanzas contra ellos, todas se debieron al zelo liberal de los afrancesados, que por este camino desaogaban los sentimientos de su buen corazon, y creian hacer mérito con el intruso. Debo exceptuar de esta regla á algunos de nuestros anteriores empleados; mereciéndo entre estos una particularísima mencion el oidor ó alcalde del crimen (pues aun de vista lo conozco) D. Francisco del Pino, que no pudo sin lágrimas presenci- ar el despojo de los conventos á que alguno de los compañe-

res asistió ostentando toda la autoridad: que favoreció y honró en quanto le fué posible á los particulares, á quienes el otro insultó tratándolos públicamente de zánganos y bribones: que tomó á su cargo el cuidado de los viejos y enfermos en medio de tanta calamidad: que defendió en quanto pudo á las monjas, y las socorrió según sus facultades; en fin que hizo por estos desgraciados miembros de la Iglesia y de la nación quanto un buen corazon inspira al cristiano, al ciudadano y al hombre. Dóile este público testimonio á nombre de todo el estado regular. Acaso no le será de mucha recomendacion, atendidas las actuales circunstancias de las cosas, pero podrá servir de memoria para lo futuro; y lo que de presente pueda perder en sus adelantamientos temporales, Dios por quien lo hizo, se lo resarcirá en los eternos.

He disuelto las réplicas que se hacen contra todo el cuerpo de eclesiásticos, cuyo encargo es presentar á Dios los votos, las necesidades y sacrificios del pueblo. Digamos algo á los que tienen por inútiles las oraciones, súplicas y sacrificios; y para probar su inutilidad nos citan los progresos de los franceses, la fortuna de Napoleon, y los felices sucesos de los impíos. Muy léjos debia estar la España de que entre sus hijos hubiese quien hiciera mérito de este argumento. Mas no sabia ella que la filosofía francesa se le habia entrado hasta los tuétanos á muchos de sus hijos que en punto de locura, impiedad y blasfemias no tienen que envidiar á Diderot y compañía. Con efecto, se dixo en la Francia en el calor de la revolucion, *que las naciones excomulgadas eran las mas felices*: se dice en la España, *que la excomunion no estorba para engordar*, con otras cosas á este tenor. Se admiran los progresos de nuestro enemigo, la táctica de sus tropas, la finura de su política, (mejor le llamaríamos felonías y traiciones) y en fin hay hombres que dieran ó han dado su alma al diablo, por ser un Buonaparte, un Talleyrand, un Murat, un Duroc, ó qualquiera de esos demonios. Para esta clase de gente la fuerza y la mentira componen los axiomas, por donde se deben resolver todos los problemas. Dios está allá arriba, si acaso está en alguna parte; y nosotros por acá abaxo debemos manejarnos de modo que si queremos prosperar, tengamos empeño en ser bribones, y contar con la fuerza de otros que se nos parezcan.

Nada de esto es nuevo. Desde que hubo tres hombres en el mundo la maldad de Cain oprimió la inocencia de Abel, y

Dios se estuvo pasivo mirando desde el cielo este atentado. Posteriormente apenas ha pasado un día en que no hayan repetídose iguales crímenes: y no errará mucho el que defina al mundo por *el país de las maldades, el verdugo de la probidad y el teatro de los delitos.* Los malos con estas experiencias han tomado ocasion de insolentarse; y esto viene ya tan de antiguo, que nada dicen los impíos de hoy que no estuviesen diciendo los del tiempo en que se escribió el libro de la Sabiduría, que no debiera caérsenos ahora de las manos. Para los buenos ha sido esto mismo una poderosa tentacion, ó como le llama un sabio autor, *el escándalo de la providencia.* Job, los salmos y profetas mueven frecuentemente esta cuestión, sin que le descubran, ni tengan otra respuesta que la que apunté en mi carta XXII, hablando de la inmortalidad. Volvamos sin embargo á tocarla ahora, y digamos lo que entónces no fué ocasion de decir.

Dios es justo, y no lo sería, si la maldad pudiese quedar sin castigo. Infaliblemente lo ha de tener; y ninguno de los que la cometan, logrará escapar sin pagarla. Esta es una verdad que entienden hasta los chiquillos. Pues vaya ahora otra. Dios es justo, y siéndolo, no puede dexar sin premio ninguna buena obra: todo el que la hiciere, tiene cierto derecho á ser recompensado. De estas dos verdades saca Sto. Tomas por conseqüencia (no me acuerdo del lugar) que ni la afliccion del justo, ni la prosperidad del pecador en la presente vida nos deben espantar. Por justo que sea un hombre, algunas faltas ha cometido; y es una misericordia del Señor castigarlas aquí, para premiar allá completamente su justicia. Por depravado que sea otro, algo bueno hace; y Dios como justo le paga esto de presente con la prosperidad temporal, para castigar por toda una eternidad sus crímenes. Verdad terrible; pero al mismo tiempo infaliblemente cierta, y que se nos entra por los ojos con solo percibir las ideas.

Ella no obstante, ha cuidado Dios, cuida y cuidará de que la prosperidad de los malos no sea tan durable ni tan sólida, que pueda hacer desmayar á los buenos: y de que la afliccion de los buenos mas tarde ó mas temprano venga á redundar en gloria de ellos con despecho de los malos. Volvamos los ojos á los sesenta siglos que nos han precedido. ¿Quién de los muchos perversos que hubo, ha dexado de pagar su maldad, ó en su persona, ó en la de sus hijos, ó en el odio universal con que ha sido abominado su nombre? ¿Y quién

de los justos que murieron á manos de la iniquidad; no vive en el concepto, reputacion y memoria recomendable de los que le han seguido? Ahora: si se me pregunta por la economía que Dios guarda en esta distribucion, no sabré decir otra cosa, sino que *non est vestrum nosse tempora vel momenta quæ Pater posuit in sua potestate*: que él solo sabe quando y cómo ha de hacer las cosas, sin que nos dexé á nosotros otra facultad que la de clamarle para que las haga, y de bendecirlo quando las veamos hechas.

Esto supuesto, y ateniéndome puramente á lo que hemos ya visto, ó estamos próximos á ver; pregunto ahora á mis lectores. ¿Hay entre Vds. quien quiera ser lo que son Bonaparte, su familia, sus ministros y consejeros? ¿Y querrá serlo por el orden con que lo son? Yo no sé lo que responderán los liberales; pero por lo que pertenece á los serviles, la respuesta es *malditos sean ellos*. ¿De qué sirven las riquezas, ni el mando, ni todo lo demas que tienen, á unos hombres aborrecidos, exêcrados, conocidos públicamente por ladrones, por exterminio, plaga y peste del género humano? ¿Y qué importa que coman, beban, se encenaguen, manden, triunfen y hagan quanto les dé la gana; si no pueden aguantarse á sí mismos, si el susto los asalta sin cesar; si no ven á un hombre que no les parezca un asesino; si no comen un bocado, sin acordarse del veneno; si no duermen una noche, sin soñar con un puñal; si no sienten una calentura, sin que se persuadan que van á entregar el alma; en fin si hasta en las adulaciones y obsequios que reciben, oyen á la conciencia que á grandes gritos los desmiente? Lectores míos: no hay cosa mas miserable que el corazon de uno de estos pícaros, que llaman dichosos. ¿Con cuánta envidia miran ellos la tranquilidad aun de los mismos á quienes oprimen! Entre varios hechos que comprueban esto es muy reciente uno de que he sabido. Tenia en Sevilla cierto abogado una decente colocacion, que perdió con la entrada del enemigo. Informado este de que podia serle de provecho, trató de colocarlo mejor que ántes lo estaba; y para vencerlo le echó de gancho á uno de los muchos de su profesion, que en Napoleon vieron al Mesías. Trabajó pues el gancho; instó, amenazó, y aun hizo por donde la fuerza tratase de vencer lo que no vencian ni las brillantes pinturas, ni las magníficas promesas, ni las disimuladas amenazas. Mas el solicitado supo eludirlo todo, hoy con uno, mañana con otro pretexto, hasta que lo encontró oportu-

no para salirse de la ciudad, é ir á establecerse y vivir desconocido en un pueblo. El gancho sin embargo que lo quería bien, no por eso lo perdió de vista, y en quantas conversaciones se ofrecian lo trataba de loco, maniático, preocupado, papamoscas &c. Pero en medio de observar esta conducta sucedia, que quando se encontraba con alguno, y este por llevarle la corriente le decia que *aquel hombre estaba maníaco*; su respuesta era suspirar y decir que *ojalá hubiese sido su imitador en la mania*. ¡Qué envidia secreta tendrán Napoleón á muchos de los oficiales españoles, que oprime como á prisioneros; Talleyrand á algunos de los obispos que fuéron muertos por su influxo; y los demas satélites á otros de su clase y de su tiempo, que se contentáron con ser lo que eran, y nunca se sacrificáron á la ambicion! Vaya ahora una adivinanza. ¿Veis á ese Gallardo, maestro que fué de pages de Carlos IV., bibliotecario que es de la nacion, con un sueldo tan decente, con una proteccion tan decidida, con una fama tan bien ganada, y con tantísimas otras felicidades que no caben en el guarismo? Pues sabed que el Rancio con todas sus gurruminas no se cambia por él, y que él (si fuese hombre de decir lo que siente) daría qualquier cosa, por hallarse hoy con la misma tranquilidad, aunque fuese con las mismas gurruminas que el Rancio.

Hagamos una induccion. La Holanda era esa nacion feliz que citaban los filósofos franceses como prueba incontrastable de lo poco que pueden las excomuniones: y con efecto en pocas partes del mundo se ha dado tanta causa para ellas como en estas desgraciadas provincias. Allí la rebelion contra su legítimo soberano, allí la apostasia del catolicismo, allí el martirio de no pocos católicos, allí la acogida para toda clase de sectas, allí la cuna del ateismo, allí la famosa iglesia de Quesnel, allí en fin la imprenta libre para abortar los mas sucios, escandalosos, impíos y sediciosos escritos. Y en medio de todas estas circunstancias allí la opulencia, allí el comercio floreciente, allí la mayor prosperidad, y las demas ventajas que tanto engrandecen esos nuestros filósofos *qui óculos suos statuerunt declinare in terram*. Pero amigo mio, llegó su hora; y no hace la zorra tanto en un año quanto paga en este breve tiempo. ¿Qué es de la Holanda? ¿Qué de su Statuder? ¿Qué se ha hecho de sus Altipotencias? ¿Dónde estan sus colonias? ¿Dónde sus opulentos y ponderados caudales? Si levantasen ahora la cabeza aquellos de sus comerciantes que

se juntaron y depositaron crecidas sumas para corromper y descristianizar toda la Europa: si volviesen al mundo los que para gozar un comercio exclusivo en el Japon, diéron á aquellos naturales el sacrílego arbitrio de no permitir la entrada en su isla al que no pisase á un Crucifixo: y viesen las consecuencias que á sus casas, hijos y patria han traído estas maldades ¿tendrían ojos con que llorarlos? Entremos con Ginebra, cueva que tambien era de ladrones. ¿Quánto diera ella ahora por haber ahogado en su cuna á su ciudadano Rousseau con aquel su pacto social, que tanta sangre ha hecho derramar en el mundo, y á la sombra de cuya quimérica libertad ha perdido ella la tal qual que tenia? ¿En la Alemania entera quién no echa de ver el castigo de la apostasía de José II., y de las infamias en que la envolvió el fanático y rabioso Lutero? La Italia tanto mas culpable, quanto de su seno salieron los mas ilustres de todos los campeones que han batido á la absurda filosofía ¿qué otro delito está pagando y ha pagado á costa de quanto tenia y tiene de precioso, sino la boga que en ella se le dió á la misma filosofía, y á los desórdenes todos de que esta es maestra y precursora?

Pero sobre todo, el grande exemplo y el mas horroroso es la Francia: esa misma Francia cuyas victorias y conquistas emboban á nuestros mentecatos. ¿Quánto bien hubiera sido para ella, si el ejército conuinado que por la primera vez penetró hasta Chalons, hubiese batido al suyo, y dado la ley á París! Pero entónces ni pagaba la Francia, ni servia de verdugo para las naciones que habian declarádose sus discípulas. Venció pues. ¿Y para qué venció? Para verse envuelta en una guerra que ya lleva mas de veinte años, que ha consumido su juventud, y que ha derramado su sangre en todos los ángulos de la Europa. Venció para pasar del suave gobierno de un Rey al tumultuario y despótico de muchos centenares de tiranos. Venció, para perder en pocos dias su clero, su nobleza, su comercio, su agricultura, su industria, y quanto formaba su verdadera opulencia. Venció, para que desde entónces acá no haya habido delito mas constantemente perseguido en ella, que la probidad y hombría de bien. Venció en fin, y por sus victorias ha pasado de cristiana á atea, y de libre que era, por haberlo querido ser como es imposible, á esclava. ¿Qué padre puede en ella contar para algo con sus hijos? ¿Qué muger con su marido? ¿Qué ciudadano con su seguridad, á presencia de su bárbara y sangrien-

ta policía? Amplía sus conquistas, es verdad; pero para ampliarlas envía á sus hijos, y luego en cambio de ellos recibe solamente pinturas y estatuas. Entran en ella las crecidas sumas que sus generales han robado en otros países; pero entretanto no tiene quien cultive la riqueza natural de su suelo, y siendo rica perece de hambre. Domina y oprime á otras naciones; pero al mismo tiempo es ella dominada y oprimida por un género de tirano, que acaso no ha tenido ejemplo en el mundo.

Decidme, españoles ¿qué se ha hecho de aquel Condorcec, gefe que presumia ser de los filósofos; de aquel Brisot, cabeza de los girondinos; de aquel Pethion, maire de París; de aquel Chavot, que se quitó las barbas; de aquel de Orleans, gran maestro de los francmasones; en una palabra, de aquella coleccion de tunantes que tanto nos diéron que reir y que llorar? Casi todos ellos han perecido en la flor de su edad en el calor de su locura, y en el desenfreno de sus robos. Apenas se oye ya el nombre de alguno en nuestros dias. ¿Y qué será de los que les han sucedido, y ahora obtienen la suma de las cosas? Dios solo lo sabe, pero porque Dios lo sabe, me atrevo yo á decir con el Profeta. (Psalm. 36. v. 35.) «Sí: yo he visto al impío elevado á la mayor altura: su elevacion se dexaba atras á los cedros mas altos del Líbano: pero á mi vuelta ya no parecia tal hombre. Pregunté por él, y ni aun vestigios restaban del lugar que habia ocupado.» Inímo ademas á cada uno de vosotros con el mismo Profeta. (Ps. 26. v. 7.) «Sé sumiso á Dios, clámale en la oracion, y no te enzeles por ver que el impío prospera en sus caminos, ni emules al hombre que comete injusticias. Dexa de poseerte de la ira, y no permitas ser arrebatado del furor, ni quieras imitar á los malignos; porque los que proceden con malignidad serán exterminados, y los que se sostienen en la causa de Dios, serán los únicos que heredarán la tierra. Pasará un momento, y ya no existirá el pecador: lo buscarás, y no hallarás ni vestigios del lugar donde estuvo. Pero los mansos poseerán la tierra, y se deleitarán en la muchedumbre de la paz.» Todo el salmo se versa sobre estos pensamientos, los únicos capaces de consolarnos en medio de nuestros trabajos, y los únicos que dicen bien no solo con la religion que profesamos, sino igualmente con una filosofía que lo sea. Animo pues, españoles. Buen provecho (que nunca será bueno) les hagan á los pícaros sus picardias, su política peculiar, su economía, y

todas sus demas gracias. Allá se las entiendan con ellas, pues todo ha de salir á la colada. Habia predicado admirablemente sobre la misericordia de Dios un sábio religioso. Llevaba consigo de predicador de escalerilla á un lego timorato, que miéntras el sermon estuvo observando que el auditorio recobraba mas ánimo del que convenia. Apénas pues salió su compañero del púlpito, quando metiéndose él y llamando la atencion de los oyentes, les hizo la siguiente arenga. *Señores, todo quanto el padre ha dicho es la pura verdad; pero no debemos olvidarnos de que nadie se la ha hecho á Dios, que no se la haya pagado.* Lo mismo os digo yo, compatriotas míos. El que se la haga á Dios, tiene que pagársela. Ya se la pagaron muchos de los franceses. Se la pagarán tambien indefectiblemente los que faltan, y no se la quedarán á deber ni Quintana, ni Gallardo, ni D. J. C. A., ni los Concisores, ni los Redactores, ni las Abejas, ó mas bien el abejorruco, ni ese Tribuno mas sedicioso que los Grachos, ni otros que yo me sé de botones adentro, y que no pueden ignorarse á sí mismos.

A este punto de mi Carta iba yo llegando, amigo mio, quando me picó la curiosidad de ver si llevaba mucho escrito: y me he encontrado con que á estas horas van muy cerca de quatro pliegos, y lo que me falta que decir en ella acaso necesita de otros tantos. ¿Qué me hago pues? ¿Quedarme con lo que me resta en el buche? No lo permita Dios. ¿Seguir hasta decirlo? ¿A dónde íbamos con este proceso? En medio de esta perplexidad ha entrado aquel nuestro amigo, á quien bautizó Nistáctes con el nombre de D. Agramato; y consultado sobre mi duda, me respondió segun su costumbre con la siguiente parábola. Conocí, me dixo, á uno que haciendo viage á Madrid hubo de detenerse en cierto pueblo del camino, á causa de ser dia de fiesta para oír misa. No habia otra que la mayor, y esta con sermon que pagaba una hermandad. Subió el predicador al púlpito, y habiendo hablado un poco, interrumpió su discurso con estas palabras. *Para doce rs. que es la limosna, ya hay bastante sermon.* Pero apénas oyó esto el prioste de la hermandad, que con ella estaba frente del púlpito, se puso en pie y dixo. *Padre, predique V. otros doce rs. por mi cuenta.* Conque vé V. aquí, me añadió el amigo, lo que V. debe hacer. Ya lleva doce rs. de Carta: suspéndase por ahora, y con lo que le queda que decir; escriba otros doce rs. por mi cuenta. Presente V. este cuentecito á Gallardo, por si lo pudiere acomodar, ínterin yo sirviéndome de él.

concluyo la presente para continuar con ciertos argumentillos tomados de la excelente *Exposicion* en la futura. Y sin mas ni mas quédese V. con Dios, al que ruego conserve á V. los muchos años que desea su íntimo amigo Q. S. M. B.

\*\*\* 2 de Diciembre de 1812.

*El Filósofo Rancio.*

He recibido un regalo como para mí: á saber, una obrita cuyo principio es: *El Filósofo Cristiano*, y cuyo fin dice: *Se hallará en la Coruña en la Librería de D. Manuel de Soto.* Allá puede enviar por ella el que quiera echar una gran peonada. Ya yo tenia noticia de esta obra, porque habia leído al Redactor de 26 de agosto (si la memoria no me engaña) que la redacta con aquel primor que acostumbra. Ya tambien habia pensado contestar á sola una especie de las que tocaba, que por nueva y peregrina me habia hecho muchísima gracia; y era que yo por mi primera Carta debia ser delatado á la *Inquisicion*. Sobre la qual le tenia preparada la siguiente anécdota.

O Felipe III. ó el IV. gustaba mucho de comedias hechas de improviso, ó como se explican nuestros sapientísimos escritores, *improvisadas*. Para sacar de ellas todo el deleyte posible, llamaba á quatro ó seis poetas que tenia cerca de sí para el caso, les daba el plan de la representacion que habia ideado, y los ponía á que luego lo executasen, quitándoles el tiempo para que se ensayaran, y cambiando todos los papeles; de modo que el mas serio se lo encargaba al mas bufon, el mas dulce al mas desabrido, y por este estilo los demas. Representándose en una ocasion la muerte de Santa Teresa, figuraba á esta uno á quien el bufon siempre estaba mordiendo. El bufon hacia de Padre Eterno, y no sé qué otro representaba á San Juan de la Cruz. Acercándose pues el momento en que debia morir Santa Teresa, el personado San Juan de la Cruz, levantando los ojos ácia el Padre Eterno que estaba metido en un nicho, le dixo: Señor: Teresa se muere: llevadla á seguro puerto: y el socarron que hacia de Padre Eterno, le respondió á renglon seguido: Haz tú que eso sea cierto; que yo haré lo que pudiere. Aténgome pues á esta respuesta con ese señor que me quiere

llevar á la Inquisicion. *Haz tú que eso sea cierto; que yo haré lo que pudiere*, y allá nos veremos las caras.

Est, como digo, habia pensado responder al nuevo panegirista de mis méritos; pero otros cuidados me hicieron olvidar esta especie. La venida de la obrita me la ha vuelto á suscitar. Mas habiendo llegado ella en ocasion de serme preciso el tiempo para otras muchas cosas, le encargué á un amigo se tomase el gusto (parece que no hubo de tenerlo) de leerla é informarme sobre su contenido y su mérito. No tardó en hacerlo. El informe se reduxo á que la tal obra pecaba desde el título. Porque siendo este el *Filósofo Cristiano*, lo de *filósofo* era mentira, como no fuese en el sentido en que lo son y se llaman la confraternidad de Semanarios, Duen-des, Concisos, Abejas y murciélagos: y lo de *cristiano* una manifiesta ignorancia; porque puede asegurarse que el tal cristiano aun no ha aprendido en el Catecismo lo que significa este nombre. Pero bien, le repliqué yo; y en punto de razones y reflexiones ¿cómo estamos? Como hemos de estar me respondió él. No parece sino que la madre de los de Cádiz ha parido á este, ó la madre de este á los de Cádiz. A dos clases de especies añadió, pueden reducirse quantas contiene el escrito: una, á meras generalidades que sabe qualquiera que haya manejado pocos libros, traídas arbitrariamente y sin aplicacion á las razones que V. produce en su Carta; y otra, á puras injurias, calumnias y desvergüenzas que descarga sobre V. con mano pródiga, porque se le antoja, sin dar razon de la que le asiste para esta desaforada conducta. Estaba presente un sobrinillo mio. Toma muchacho, le dixé, dale este librito á tu madre, para quando se le ofrezca hacer tortas. Y V. amigo mio, si tiene satisfaccion con el Redactor, encárguele que lo extracte otra vez, y que escriba al de la Coruña para que siga escribiendo, y no se le olvide apuntar el puesto donde se venden sus escritos. No se ofrece otra cosa, porque el librito no merece mas impugnacion.



33  
llevar á la lapidación. Mas tú que eso sea cierto; que yo  
lo que pudiere, y allá nos veremos las cosas.  
Está como digo, había pensado responder al nuevo pa-  
negativa de mis méritos; pero otros cuidados me hicieron  
olvidar esta especie. La venida de la obra mala ha vuelto á  
ascender. Mas habiendo llegado ella en ocasión de seras pre-  
ciso el tiempo para otras muchas cosas, le encargué á un  
amigo se tomase el gusto (porque que no habia de tenerlo) de  
leerla é informarme sobre su contenido y su mérito. No tar-  
de en hacerlo. El informe se volvió á que la tal obra pecó  
ya desde el título. Porque como este el título Cristiano,  
lo de filósofo era suena, como lo fuese en el sentido en que  
lo son y se llaman la comunidad de Semanarios, Duan-  
des, Concios, Apeja y semejantes; y lo de cristiano una  
manifestada ignorancia; porque puede asegurarse que el tal cris-  
tiano aun no ha aprendido en el Catecismo lo que significa  
esta palabra. Pero bien, la replicó yo; y en punto de re-  
nos y reflexiones (como estamos). Como hecos de estar me  
respondió él. No parece sino que la madre de los de Cádiz  
ha partido á este, ó la madre de este á los de Cádiz. A dos  
clases de especies añadidas, pueden redactar tantas contiene  
el escrito: una, á meter generalidades que sabe cualquiera  
que haya mantenido pocos libros, tradidas arbitrariamente y  
sin aplicación á los razones que V. produce en su Carta; y  
otra, á pocas noticias, estuñadas y desverguetas que descan-  
ta sobre V. con tanto prodigio, porque es lo antiguo, sin  
dar razón de lo que lo sabe para esta desahogada conducta.  
Lataba presente en sobritillo mio. Tanto me achaco lo dize;  
dale este libro á tu madre, para quando se le oñeza hacer  
torta. Y V. amigo mio, si tiene satisfacción con el Re-  
dactor, encarguele que lo extracte otra vez, y que escriba  
si de la Carta para que siga escribiendo, y no se lo olvide  
aguardar el punto donde se venden sus escritos. No se oñe-  
ce otra cosa, porque el librito no merece una impugnación.



